

Homilía Eucaristía Toma Posesión Administrador Apostólico Sergio Pérez de Arce Diócesis de san Bartolomé de Chillán - 25 de septiembre de 2018

Queridos Hermanos/as,

Quiero partir agradeciendo a todos ustedes la acogida de estos primeros días, los deseos de bien y las oraciones para este ministerio que estoy comenzando acá en Chillán. También agradezco las oraciones y cercanía de familiares, amigos y tantos hermanos en la fe.

Los que estamos aquí somos hijos de la Iglesia, en ella hemos conocido a Cristo, que ha sembrado en nuestras vidas tantas cosas buenas. Demos gracias a Dios por la fe, la esperanza y el amor que nos ha regalado.

En estos últimos tiempos, en los últimos años, muchos lo han pasado mal en la vida de la Iglesia.

Ante todo, lo han pasado mal las víctimas de abusos. Lo han pasado mal desde hace muchos años, y lo siguen pasando mal porque, como ha dicho el Papa, “las heridas no prescriben”. Al oprobio del abuso mismo, han debido sumar el dolor de la no escucha, del descrédito y hasta del encubrimiento. El libro de los Proverbios nos ha dicho hoy: “El que cierra los oídos al clamor del débil llamará y no se le responderá”. Que el Señor nos ayude a tener más empatía con las víctimas.

Lo han pasado mal muchos laicos, muchos de ustedes, que han vivido con pena, rabia y desaliento, tantas situaciones de escándalo. Un sentimiento de tristeza nos ha acompañado ante el oscurecimiento del evangelio en nuestra iglesia, a causa de nuestros pecados, errores y delitos.

Lo han pasado mal también muchos sacerdotes, consagradas/os y seminaristas que, sin culpa, han sido objeto de sospecha y desconfianza, siendo criticados en sus opciones más fundamentales.

Tenemos que levantarnos, hermanos. Nos estamos levantando, con la ayuda del Señor, con la conducción del Papa Francisco, y con el aporte de muchos cristianos en muchas partes. Nuestra fe y nuestra esperanza tienen que ser más fuertes y una fuente de dinamismo y conversión.

Conversión. Convertirnos, tenemos que vivir “una transformación eclesial que nos involucre a todos” (Papa Francisco). Nos ha dicho Jesús en el Evangelio: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la practican”. Este es el camino permanente de la conversión.

Convertirnos significa comprendernos más plenamente pueblo de Dios, todo él ungido por el Espíritu Santo. Cito al Papa Francisco en una carta al Cardenal Oulett en el año 2016:

“Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo (...) A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una elite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios”.

Luego el Papa advierte sobre el clericalismo, que deforma esta vivencia común de ser pueblo de Dios:

“Esta actitud no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo (...) lejos de impulsar los distintos aportes, propuestas, poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia toda está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos. El clericalismo se olvida que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios (cfr. LG 9-14) Y no solo a unos pocos elegidos e iluminados”.

Vivir esta condición de pueblo de Dios, hermanos, requiere comunión. La comunión no es uniformidad, no es eliminar la diversidad de miradas, de concepciones teológicas, de espiritualidades que hay entre nosotros, pero requiere de unidad en lo esencial, requiere la vivencia de ser hermanos en la caridad.

Todos sabemos que no es fácil construir la comunión, no se hace por decreto, necesita confianzas mutuas, pero tenemos que disponernos a ello con generosidad. No puede haber posiciones irreconciliables entre laicos del grupo A y del grupo B, no podemos los ministros de un mismo clero mirarnos con recelo o cada uno andar por caminos aislados. Tenemos que construir la comunión, y quiero poner mi servicio de administrador apostólico al servicio de esta comunión en el amor y el respeto mutuo.

Convertirnos significa también construir una cultura del cuidado y de la protección que nuestra Iglesia nunca debe perder. No es normal que tengamos que tener oficinas de recepción de denuncias, que tengamos unos sacerdotes hacer investigaciones de otros sacerdotes, que tengamos que decirle a un niño: “cuidate de ese sacerdote o ese catequista”, o que tengamos que hablar entre nosotros de abuso, delito, sanción, pena... ¡No debiera ser! Pero tenemos que poner todos los medios necesarios para cuidar a los más frágiles donde quiera que ellos estén, y hacerlo como una prioridad ineludible.

Todos nosotros: clero, religiosos y laicos, tenemos que cuidarnos de dar motivos de escándalo. Ya lo dice Jesús: ¡Ay de aquel que escandaliza a unos de estos pequeños! Tenemos que alejar de nosotros cualquier atisbo de doble vida. No podemos tener en nuestra existencia zonas oscuras o turbias que contradicen nuestra fe y las opciones que declaramos y profesamos ante los demás y ante Dios.

Tenemos que cuidarnos entre nosotros, corregirnos como hermanos, acompañarnos. El primer camino siempre es la corrección fraterna, y hay que saber hacerla y hay que saber aceptarla. Y hay que saber aceptar también la denuncia cuando está bien intencionada y justificada, porque es un recurso que tiene la comunidad para cuidar al más débil y evitar o detener el mal causado.

Y tenemos que seguir como Iglesia poniendo en el centro a los más pequeños, a los que más sufren, a los más pobres, porque son los preferidos del Señor. “Practicar la justicia y el derecho agrada al Señor más que los sacrificios”, decía la primera lectura.

Evocaba al inicio, hermanos, nuestra experiencia de la amistad con Jesús que hemos conocido y experimentado en la vida de la Iglesia. Y sabemos bien que una de las causas de nuestros problemas ha sido olvidar que el centro es Jesús, poniéndonos nosotros al centro. Por eso, una y otra vez, tenemos que volver a Jesús, a esa experiencia gozosa y fundante que es capaz de sostener nuestra alegría aún en momentos difíciles. Recordemos que “con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1)

Demos cada día un paso más hacia Jesucristo. “Al que arriesga, el Señor no lo defrauda”, nos dice el Papa. “Este es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”.

Termino con un poema del padre Esteban Gumucio, hermano querido de mi Congregación e hijo de una Iglesia profética y compasiva. Con sus palabras quiero renovar mi fe en Jesús:

Yo quiero ser tu amigo, Jesucristo,
yo quiero ser tu amigo:
que nunca jamás me doblegue la bajeza,
que no me venza la mentira y la tristeza.

Quiero ser chispa de tu fuego y gota de tu fuente
y sal, y levadura, y simiente sembrada por tu mano:
pensando poco en mí, mucho en mi hermano.

Que sea contigo justicia de pobres,
respeto de débiles,
y vaya contigo, sin doblar la cabeza
a los amos del dinero y de la fuerza.
Yo quiero ser tu amigo, Jesucristo,
yo quiero ser tu amigo.
Encontrar tu yugo suave y tu carga ligera
y llevar por todas partes,

en mi cuerpo y en mi alma,
tu vida en primavera.